

El escritor, José Luis Puerto, analiza los rasgos literarios más importantes de la poesía galaniana

La tradición como legado que atraviesa el sentido de la vida es una de las más notables

La expresión intrahistórica de la Edad de Oro

Siempre que el ser humano vive en consonancia con el espacio en el que habita y no se halla de espaldas a los ritmos que marcan el cosmos y la tierra, se está produciendo en el mundo una edad de oro. Porque, en tal experiencia, se está cumpliendo esa intuición humana de estar sobre la Tierra para un destino de plenitud.

Esto lo captamos, en ocasiones, cuando entramos en contacto con las gentes que, en nuestro oeste (Extremadura, Salamanca, León...), habitan en el mundo rural, en plena naturaleza, siempre que en ellas el sentido de pueblo no se haya desnaturalizado (por el dinero, por el consumo, por la globalización...) ni hayan perdido esa sabiduría, a la vez tan antigua y tan nueva, que nuestros campesinos atesoran. Pero también captamos un claro sentido de la Edad de Oro en la poesía de José María Gabriel y Galán, algunas de cuyas claves pasaremos a indicar seguidamente.

Sí, ya lo sabemos, el concepto –mítico y tópicos- de la Edad de Oro se acuña en el mundo clásico greco-latino (Hesíodo, Virgilio y Horacio, por ejemplo, lo expresan de modo muy hermoso en algunas de sus obras) y se reactualiza en la literatura del Renacimiento, aunque ya como sueño más que como posibilidad (basta leer el capítulo undécimo de la primera parte de El Quijote para percibir lo que decimos). Pero no vamos a trazar aquí un capítulo –lleno de atractivo, por lo demás- de la historia literaria, sino a descifrar algunos de esos hitos con los que tal mito fue tejido por un poeta –José María Gabriel y Galán- que vivió su corto existir a caballo entre las tierras salmantinas y las del norte de Extremadura.

El sentimiento de la Edad de Oro parece estar atravesado en nuestro poeta por la melancolía. En unos versos de 'El ama' (Castellanas, 1902), los verbos en pasado así parecen manifestarlo: 'La vida era solemne; / puro y sereno el pensamiento era; / sosegado el sentir, como las brisas; / mudo y fuerte el amor, mansas las penas, / austeros los placeres, / raigadas las creencias, / sabroso el pan, reparador el sueño, / fácil el bien y pura la conciencia'. Pero, a la vez, nos encontramos en ellos con un cierto sentimiento de plenitud, de vida antigua, dentro de una sobriedad en las manifestaciones de la psique humana (pensamiento, sentir, amor, penas, placeres, creencias, alimento, sueño...), claramente emparentada con ese fondo estoico, tan español, que viene de muy lejos. Solemnidad, pureza, serenidad, lentitud, mansedumbre, austeridad, arraigo... constituyen todo un modelo vital que vuelve a repetir el mito de la edad de oro, expresado por la poesía de modo incesante.

Esta nostalgia de la vida antigua, de la aurea mediocritas, de una plenitud que no es contemporánea, sino anhelo melancólico de retiro, de fuga hacia el origen, que está aquí y allá diseminada en la poesía de Gabriel y Galán, la emparenta con el mundo horaciano, aprendido –es probable- por el autor salmantino en Fray Luís de León.

Este universo, en Gabriel y Galán, está acotado –si seguimos el hilo de 'El ama', acaso su poema más emblemático, que lo dio a conocer como un lírico notable en 1901- por hitos como el amor, la casa, la tierra, la hacienda, la Patria (que él pone con mayúsculas) y la historia.

Y aquí ya –y éste es uno de los peligros subyacentes en la poesía de Gabriel y Galán- se barrunta esa conexión con el pensamiento reaccionario que, en la España decimonónica, se fragua como uno de los exponentes de la resistencia del Antiguo Régimen frente al movimiento moderno, a la gestación de la

sociedad democrática, así como a las utopías socialistas, que también se configuran en aquel siglo. Y es, curiosamente, al transitar estos terrenos, cuando nuestro poeta se aleja más del mito de la edad de oro.

Pero recuperemos el camino y recobrémosla, aunque sólo podamos dejar apuntados de la misma una serie de rasgos que aparecen en la poesía de nuestro autor.

Uno de ellos es el de la sintonía entre la melodía del ser ('Cantaba el equilibrio / de aquel alma serena') y la melodía del mundo ('y cantaban también aquellos campos'), tal como aparece expresada también en 'El ama'.

Sintonía que lleva a la comunión del alma ('El alma se empapaba') con lo celeste y con lo terrestre ('los ámbitos abiertos / del cielo y de la tierra') y que nos recuerda al poeta romántico inglés William Blake.

Y esta sintonía, este latido al unísono entre las criaturas y los elementos de la naturaleza, se manifiesta como una constante que atraviesa toda la poesía de Gabriel y Galán.

En ocasiones, se expresa como una correspondencia armoniosa entre el arriba (el cosmos) y el abajo (la tierra), en medio de la plenitud de la noche, en la que se nos manifiesta la presencia latente (en el sueño) del hombre y la presencia consciente (en el sentir, bien despierto) del poeta, como ocurre en el poema 'Nocturno montañés' de Campesinas.

Todo está tocado e investido por lo sagrado, nos dice el poeta, de ahí que todo viva en su plenitud, en su edad de oro: 'Viven aquí las cosas / porque en su entraña cada cual encierra / la del vivir intimación divina / que a ti te ha dado jugos, fértil tierra, / y a ti te ha dado savia, vieja encina'. (Castellanas, 'Regreso, II').

Nos encontramos también en esta poesía con la expresión de una vida adánica en plena naturaleza, vista como espacio paradisiaco, como ámbito originario, como territorio del Génesis. 'Allá en las cumbres de las sierras hoscas; / allá, en las cimas de las sierras bravas; / en la mansión de las quietudes grandes, / en la región de las silbantes águilas, / [...] / allí vivía el montaraz cabrero / su tenebrosa vida solitaria, / melancólico Adán de un paraíso / sin Eva y sin manzanas...' (Campesinas, 1904, 'Fecundidad I').

Hay en esta poesía también un sentimiento del tiempo, como sustancia que impregna el ánimo con su majestad, con su dulzura, con su paz, con sus silencios, así como con esa tristeza que transmite el momento del crepúsculo; tal y como podemos captar en 'La presea' II, de Campesinas.

Y no se nos puede escapar otro rasgo que define la edad de oro en la poesía galaniana: la tradición como legado que atraviesa el sentido de la vida. Algo que el poeta expresa de este modo: 'He nacido en amenas / castizas y santísimas comarcas, / y corre por mis venas / sangre de venerables patriarcas / que me legaron enseñanzas buenas, / huerto, escudo, solar y oro en sus arcas'. ('Tradicional', Campesinas).

Son meros apuntes, muy fragmentarios, de un tópico, de un mito, como es el de la Edad de Oro, que advertimos como un eje central y emblemático en la poesía de Gabriel y Galán. Pero aparece en nuestro poeta como una vivencia asumida en su existir y, a la vez, como una experiencia intrahistórica, esa misma que tejen –como fuera de la historia, como fuera del hilo del progreso, y dejadas tradicionalmente a su suerte por la mayoría de los gobernantes- nuestras gentes campesinas del oeste salmantino y extremeño, que tienen como uno



APUESTO. El poeta, elegantemente vestido, posando. / ARCHIVO FAMILIAR

de sus cantores más verdaderos –y sus razones fundadas tienen para ello- a José María Gabriel y Galán.

JOSÉ LUIS PUERTO

Escritor

*'Qui Pro Quo'
o sinceridad
aunque duela*

El interés que tiene parte de su obra ha sido sepultado bajo las interpretaciones, por lo general poco afortunadas y escasamente críticas, de un buen número de sus partidarios. Gabriel y Galán necesita, merece, ser leído con nuevas perspectivas. Me temo que en tiempo de efemérides acrílicas y seguidismos bienintencionados pero de pésimos efectos, no será posible.

Tendrán que pasar otros cien años. Gabriel y Galán es, y lo será más aún según pase el tiempo, un poeta menor. Y un poeta menor no debería ser considerado, bien por razones sentimentales, bien por intereses 'regionalistas', el poeta mayor, o el mayor poeta, de Extremadura.

JULIÁN RODRÍGUEZ

Poeta

«Hay en esta poesía también un sentimiento del tiempo como sustancia que impregna el ánimo con su majestad con su dulzura, con su paz, con sus silencios»

«El sentimiento de la Edad de Oro parece estar atravesado en nuestro poeta por la melancolía»